

de la venta. Por señas hizo que nos sirvieran un trago y para pagar se puso sobre el brazo varias monedas desde cinco centavos hasta un dólar. Cuando la ventera tomó del brazo del míster el valor de la tanda, se le conoció el contento. El quería pagar algo y había cumplido su deseo.

En Costa Rica, a todo extranjero, sea de donde sea, exceptuando los de habla española, los llaman *Machos* y a las mujeres *Machas*. Esto lo supimos porque el señor Calderón y el señor Carmona al referirse a míster Trece le decían el *Macho*.

—Esta es la mula para el *Macho*, dijo el señor Carmona.

—El *Macho* debe ir muy cansado y aburrido porque no puede hablar con nosotros, decía el señor Calderón.

Acá a los extranjeros, de cualquier nacionalidad, que sean, les decimos *gringos*.

Continuámos la marcha y como a las 7 de la noche llegámos a una casa en donde había una venta de caña. Pedímos posada y nos la negaron diciendo que como era venta de caña no nos dejarían dormir los carreteros. Cerca de la venta había una planeta sombreada por varios árboles. Los españoles propusieron que acampáramos allí, donde se podía comprar caña para las bestias.

Así se hizo. Nos desmontámos, se desensillaron las bestias y tendimos las ruanas para acostarnos. El míster al bajar de la mula cayó como si le hubiera